

CAPITULO II.

Desde Maximino hasta Galiano. Usurpadores militares (1).

(235-268.)

Los dos Severos, Septimio y Alejandro, fueron grandes príncipes. Pero Septimio no había usado de su genio sino para fundar militarmente el reinado del despotismo. Alejandro, á pesar de sus virtudes personales y de la regularidad de su gobierno, no combatió directamente contra las ideas orientales. Encontrando el principio del absolutismo establecido y consagrado, hizo buen uso de él, sin pensar en modificarlo. Ahora ha llegado el tiempo, para los emperadores y para el imperio, de sufrir el castigo debido á su falta. Despues de haber reemplazado el reinado de la libertad con el de la servidumbre, ya no encontraron en todas partes sino abismos y desgracias. La autoridad, entregada á la brutalidad del soldado, no es mas que un juguete. Las legiones se divierten en hacer emperadores segun sus caprichos. Cada cuerpo de ejército se imagina tener derecho para arrojar un pedazo de púrpura sobre los hombros de su jefe, y en un momento el imperio cuenta diez y nueve dueños improvisados de este modo. Los Bárbaros se aprovechan de esta anarquía para forzar las fronteras, y Roma se encuentra expuesta á la guerra civil y al mismo tiempo á la guerra extranjera.

§ 1. Desde Maximino hasta Valeriano. Principio de las invasiones (235-251).

Maximino. Su carácter. Maximino, natural de Tracia, descendía por su padre de los Godos y por su madre de los Ala-

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR : Dion termina su historia despues de Alejandro Severo. En la *Historia Augusta*, Capitolino, *Vidas de los Maximinos, de los tres Gordianos, de Máximo y de Balbino*; Trebelio Polio, *Valerio, los dos Galienos y los treinta tiranos*; Herodiano solamente se extiende hasta Gordiano. Tillemont ha llenado el vacío que se encuentra en la *Historia Augusta* entre Gordiano y Valeriano. Se ha servido de Zosimo, Josefo, Jornandes, Eutropio, Victor, Orosio, Lactancio, Am. Marcelino, Eusebio, etc.

nos. Tenia ocho piés y medio de alto, deshacia entre sus dedos piedras de toba, desgarraba los árboles, rompía de un puñetazo los dientes de un caballo, echaba por tierra treinta luchadores sin perder aliento, comía cuarenta libras de carne, y bebía veinte y cinco pintas de vino en un día. Le llamaban *Crotoniato, Ajax, Aquiles, Anteo y Hércules*; en fin, era el primer Bárbaro que llegaba al imperio. Mucho trabajo le costó hacerse perdonar su nacimiento y su maldad. Los soldados, sobre todo las legiones de Oriente, amaban á Severo, y la noticia de su muerte excitó grandes revoluciones. Maximino se vió obligado á negar su crimen, y á decretar la muerte de sus cómplices y el apoteosis de su víctima.

Este perjurio no le bastó para que dejase de atormentarle su odiosa usurpacion. A todos los partidarios de Alejandro los miraba como enemigos, y principió á derramar sangre á torrentes. Antes de proseguir la guerra contra los Germanos, pretendió que habían maquinado su muerte, y con este pretexto hizo arrestar á muchos oficiales de todas clases y los envió al suplicio. Mas de cuatro mil ciudadanos fueron víctimas de sus horribles sospechas. Despues marchó contra los Germanos, invadió á sangre y fuego su territorio, se internó en las selvas y montañas, y excitó el entusiasmo de los soldados con sus extraordinarias hazañas. Subyugó sucesivamente á los Alamanes, Marcomanes y Sarmatas, y desde sus cuarteles de invierno escribió al senado cartas enfáticas, en las que se vanagloriaba de haber terminado en una campaña tantas guerras como los mas grandes capitanes de la antigüedad durante toda su vida.

Pero hacía perecer mas ciudadanos que enemigos. *Quiero como Espartaco*, decía, *no mandar sino á esclavos*, y enviaba por todo el imperio decretos de muerte contra todos los que le hacian sombra. Le llamaban *el Godo, el Ciclope, el Busiris, el Esciron, el Falaris*, y *la fiera*. Declamaban versos contra él en pleno teatro, y los senadores no ocultaban el odio y el desprecio que les inspiraba este bárbaro.

Los Gordianos (237). La provincia de Africa, que estaba en posesion de dar emperadores al imperio, fue la primera que

se rebeló. Habiendo asesinado unos jóvenes en Thysdrus (1) á un tesorero del fisco, ofrecieron la púrpura al procónsul, el anciano Gordiano, que descendía por su madre de los Gracos y por su padre de Trajano. Sus riquezas eran inmensas. Vivía en Roma en el palacio de Pompeyo, poseía una inmensa casa de campo en Prenesta, y en una ocasión para divertir al pueblo, hizo aparecer en el circo quinientas parejas de gladiadores, y sacrificar en una sola representación doscientos caballos de Sicilia y de Capadocia, mil osos y un sinnúmero de otros animales. Era octogenario cuando le elevaron al imperio. Rehusó por mucho tiempo este peligroso honor, y no lo aceptó sino porque no veía otro medio de librarse de Maximino ó de los que le rodeaban. Fijó pues su residencia en Cartago, asoció consigo á su hijo Gordiano, y dió al senado aviso de su elección.

Esta noticia se recibió en Roma con grande alegría, y Maximino fue declarado al momento enemigo público. El pueblo degolló á todos los protegidos del tirano y quemó sus casas. El senado organizó en toda la Italia un sistema de defensa. Dividió la Península en veinte regiones, alistó á los jóvenes, levantó de nuevo los muros de las ciudades fortificadas, puso en estado de defensa los puertos, las radas y todos los sitios de desembarco, y desplegó por todas partes una actividad de que no se le suponía capaz. Desgraciadamente perecieron aquellos dos príncipes, mientras que el senado trabajaba con tanta energía para asegurar el triunfo de los Gordianos. Capeliano, gobernador de la Mauritania, que tenía que vengar contra ellos una injuria personal, los atacó en Cartago. El hijo fue muerto en la batalla. A esta noticia su padre se suicidó, despues de un reinado de treinta y seis días.

Máximo y Balbino. El senado, consternado pero no desesperado por este desgraciado incidente, proclamó emperadores á dos ancianos senadores, Máximo Pupieno y Balbino. Máximo era hijo de un carpintero de obra gruesa, y solo su mérito le había elevado desde simple soldado al empleo de pre-

(1) Era una ciudad considerable de la Bizacena, cerca de Adrumeto.

fecto de Roma. Se contaba con él para dirigir el ejército. Balbino era á la vez orador y poeta. Había gobernado muchas provincias con talento, y se descansaba en él para la administración civil del imperio.

Al principio el pueblo no había querido ninguno de estos dos emperadores, que el senado creó sin su participación. Cuando se presentaron en la puerta del Capitolio, les rechazó á pedradas, y una sangrienta batalla iba á principiar cuando muchas voces exclamaron: ¡Gordiano, Gordiano! queremos á Gordiano. El pueblo recogió esta palabra y la dijo de nuevo con furor. Entonces los dos Augustos eligieron por César al joven Gordiano, nieto y sobrino de los dos Africanos, lo cual hizo cesar toda división.

Muerte de Maximino (238). Todas estas noticias llegaron á oídos de Maximino, y cuando supo que el senado y el pueblo romano estaban unidos contra él, se encolerizó de un modo inexplicable. Aquel no era un hombre, dice el autor de su biografía, sino una bestia feroz. Se revolcaba por el suelo, desgarraba sus vestidos, daba grandes gritos, y sacaba la espada como si hubiese podido atravesar con ella á un senador ó á todo el senado. Solo pudo tranquilizarse embriagándose. Le dieron vino, bebió hasta el extremo de perder el sentido para el resto del día; al día siguiente comunicó al ejército sus órdenes y se dirigió á Italia. El senado hizo asolar todo el país, y el ejército de Maximino no había llegado todavía cerca de Aquilea cuando ya estaba desprovisto de todo. Maximino se detuvo delante de esta ciudad. Allí era donde le esperaba la muerte. Mientras que descansaba en su tienda de campaña, algunos soldados vinieron á atacarle del mismo modo que los emisarios que él envió contra Severo, y le cortaron la cabeza. El correo que llevó esta noticia á Roma encontró al pueblo en el teatro. Al momento toda la multitud exclamó con transporte: ¡Maximino ha muerto! ¡Maximino ha muerto! Se concluyeron los juegos, y el pueblo fué al templo para dar gracias á los dioses.

Reinado del joven Gordiano (238-244). Este entusiasmo de los senadores y del pueblo pareció á los pretorianos una re-

convencion y una injuria. No les gustaba oír alabar á los emperadores que ellos no habían nombrado, y decidieron vengarse. Un dia que todo el pueblo estaba entretenido asistiendo á los juegos escénicos, y que los dos emperadores Balbino y Maximo, se hallaban en su palacio con una guardia poco numerosa, se precipitaron en sus habitaciones, les llevaron al campo, les asesinaron y proclamaron á Gordiano.

El jóven emperador, que era amado del senado y del pueblo, fue bien acogido por todos. Desgraciadamente era muy niño y no tenia el genio de Alejandro Severo, ni una madre comparable á Mammœa. Sin embargo, tuvo la dicha de casarse con la hija de Mesiteo y de escuchar en todo los sabios consejos de su suegro. El imperio estuvo tranquilo durante su reinado, y grandes hazañas ilustraron su nombre. Habiéndose presentado los Francos por primera vez en la Gália, su teniente Aurelio les derrotó cerca de Maguncia, mató setecientos é hizo otros tantos prisioneros. En Oriente, los Persas, bajo el mando de Sapor, sucesor de Artaxar, tomaron á Nisibe y Carrhes, conquistaron la Mesopotamia y asolaron la Siria; Gordiano marchó en persona contra ellos, venció á los Godos pasando al través de la Mesia y de la Tracia, y aunque despues sufrió un descalabro por parte de los Alanos en los célebres campos de Filipos, continuó su camino, y consiguió contra los Persas algunas ventajas que le merecieron, así como á Mesiteo, los honores del triunfo.

Mesiteo murió poco despues, y se creyó que habia sido envenenado por Filipo, que le sucedió en su empleo de prefecto del pretorio. Este Arabe ambicioso, que habia sido gefe de ladrones, obligó desde luego á Gordiano á asociarle al imperio, y despues le mató para reinar en su lugar.

Reinado de Filipo (244-248). Se ha dicho que Filipo era cristiano, y testimonios positivos de muchos Padres de la Iglesia no permiten dudar apenas de su conversion. Pero si tenia la fe en el corazon, estaba lejos de conformar á ella sus acciones. Habiendo llegado al trono por el crimen, se apresuró á concluir la paz con Sapor, rey de Persia, y pensó mas bien en hacer la dicha de la Arabia, su patria, y la for-

tuna de su familia que en trabajar para la felicidad del imperio. Se rodeó de sus parientes y amigos, les confió los mas brillantes empleos, y les dejó despojar al Estado para enriquecerse. En Antioquía quiso participar de las solemnidades de los cristianos con su mujer Otila; pero el obispo Babylas le cerró la entrada del lugar santo, le echó en cara el asesinato de Gordiano y todos sus crímenes, y le mandó hacer penitencia. Esta leccion severa le aprovechó. De regreso á Roma, ganó con su dulzura el afecto del pueblo, sin tener no obstante fuerza para sobrepujarse á sus extravagantes caprichos. Habiendo hecho celebrar el milésimo aniversario de Roma, él mismo asistió á los juegos seculares, en los que combatieron dos mil gladiadores, treinta y dos elefantes, diez osos, sesenta leones, un caballo marino, un rinoceronte, diez leones blancos, diez asnos y cuarenta caballos salvajes, diez leopardos, y otros animales mas pequeños.

Lo que causó la pérdida de Filipo, fue la capacidad de todos los Arabes empleados por él, y que no veían en las provincias sino una presa que devorar. La Panonia, que tenia que sufrir mas de estas exacciones, se rebeló, y las legiones apoyaron la insurreccion. Filipo envió al senador Decio, cuya decision no le parecia dudosa. Pero apenas Decio entró en la provincia, cuando los sediciosos le proclamaron emperador á pesar suyo. Por mas que protestó de su inocencia, Filipo le trató como enemigo, y marchó contra él con un ejército. La batalla se dió cerca de Verona. Las temibles legiones del Norte triunfaron, y Filipo quedó sepultado en su derrota (249).

Reinado de Decio (249-254). Decio era el hombre del Occidente y Filipo el del Oriente. Hubo reaccion, y la política marchó por caminos enteramente opuestos. Filipo habia dejado tranquilos á los cristianos, puesto que él era cristiano; Decio tenia contra ellos todas las preocupaciones rencorosas de un senador, y los persiguió de una manera atroz. Mientras que inundaba así el imperio con la sangre de sus mejores ciudadanos, corria á la frontera con las legiones para detener una invasion de los Godos. Despues de haber vencido á los He-

rulos, Burgondos, Bastarnos y Alanos, estos Bárbaros se habian desparramado por todo el imperio como un torrente bajo el mando de su rey Cniva, y entraron con espada en mano en Filipópolis, donde exterminaron mas de cien mil ciudadanos. Decio los rechazó vigorosamente, y les cerró todos los pasos que habian atravesado. Quiso destruirlos del todo, y esto ocasionó su pérdida. Fue vencido en un nuevo combate, y pereció en un pantano con uno de sus hijos.

§ II. Anarquía interior. Los treinta tiranos. Galieno
(251-268).

Reinado de Valeriano (253-260). La anarquía principió despues de la muerte de Decio. Le sucedió un general suyo llamado Trebonio Galo, quien dividió el poder soberano con Hostilio, su hijo segundo. Trebonio mató á su cólega, y se vió él tambien atacado y derrocado por otro general, llamado Emiliano, quien se revistió igualmente de la púrpura. En seguida Emiliano fue asesinado por sus tropas, y aparece sobre la escena un nuevo aventurero llamado Valeriano, quien se asocia con su hijo Galieno. Se creyó un momento que la anarquía iba á cesar, y que el imperio volveria á tomar fuerza y vigor bajo este último dueño. Valeriano habia sido censor, y desempeñó su destino con tanta virtud, que cuando fue elevado al imperio exclamaron unánimemente: *Que sea juez de todos, puesto que es mejor que todos.* En todos los empleos que se le habian confiado desplegó notables talentos y cualidades; por lo cual se esperaba mucho de su larga experiencia. Por otra parte, estaba rodeado de hombres de genio. Póstumo, Claudio, Aureliano y Probo mandaban sus ejércitos, y si por todas partes los Bárbaros amenazaban al imperio, tenia capitanes hábiles que oponerles. Pero todas estas esperanzas se eclipsaron. El que habia brillado en el segundo rango se eclipsó en el primero.

Sus generales contuvieron á los Bárbaros que amenazaban el Occidente; pero él fue desgraciado en una expedición que

hizo en Oriente. Quiso atacar á los Persas que se habian apoderado de la Armenia é invadido la Siria y despues Antioquia. Sapor le venció y le hizo prisionero. Durante muchos años el rey de los reyes se complació en conducirle encadenado por medio de las ciudades principales de su imperio, obligándole á que le presentase el cuello, la cabeza ó la espalda á manera de estribo para montar á caballo. Despues de su muerte, su piel curtida, rellena de paja y teñida de rojo, quedó colgada de la bóveda del templo principal de los Persas, en memoria de la ignominia de los Romanos. Cuando dijeron á Galieno el fin miserable de su padre, respondió con frialdad: *Ya sabia yo que mi padre era mortal.*

Los treinta tiranos (260). En tiempo de este débil principe el imperio cayó en una confusion terrible. Los Bárbaros hicieron irrupcion por todas partes. Los Godos y los Escitas devastaron el Asia; los Alamanes y los Francos penetraron en Italia hasta Ravena; los Quados y los Sármatas invadieron la Dacia y la Panonia, y otros Bárbaros pasaron á España. Para colmo de desgracia, cada ejército, cada provincia creó su emperador. La historia cuenta diez y nueve aventureros (1), que aspiraron al mismo tiempo á reinar sobre el mundo. En Oriente eran Cyriades, Macriano, Balisto, Odenato el vengador de Valeriano y su esposa Zenobia; en Occidente, Póstumo, Loliano, Victorino y su madre Victoria, Mario y Tétrico, que intentaron fundar un imperio transalpino; en Iliria y sobre los confines del Danubio generales ilustres, como Ingenuo, Regiliano y Aureolo; en el Ponto, Saturnino; en Isauria, Trebeliano; en Tesalia, Pison; Valente en Grecia; en Egipto, Emiliano; y Celso en Africa.

Ya no se sabia, prosigue Chateaubriand, dónde estaba el imperio: Romanos y Bárbaros, todo estaba dividido; las águilas romanas contra las águilas romanas, las bandéras de los

(1) Trebelio Polion los llama los treinta tiranos, y los compara á los treinta tiranos de Atenas, aunque no se les asemejan de modo alguno. Pero para llegar á este número convencional, se ve obligado á contar á Victoria, madre de las legiones; á Zenobia, reina de Palmira, y á los hijos de algunos de los emperadores.

Godos opuestas á las banderas de los Godos. Cada provincia reconocia al tirano mas vecino ; en la imposibilidad de ser protegido por el derecho, se obedecia al hecho. Un giron de púrpura hacia por la mañana un emperador, por la tarde una victima, y era el adorno de un trono ó de un ataúd.

Papel de Galieno (259-268). En medio de todo esto, lo mas extraño era la indiferencia y la insensibilidad de Galieno, quien permanecia espectador de todo este desórden sin conmoverse. Le decian que el Egipto se habia rebelado : *¿ Pues bien,* respondia, *nos privaremos de lino ;* que el Asia estaba devastada : *¿ No podemos vivir,* replicaba, *sin alatron ?* la Gália perdida : *¿ Acaso la república,* añadia, *no puede estar en seguridad sin los vestidos de Arras ?* Si á veces encontraba alguna energía en medio de sus placeres, era para dar órdenes sangrientas : *Ne tengais miramiento con los varones,* escribia á uno de sus oficiales despues de la revolucion de Ingenuo, *cualquiera que sea su edad, jóvenes ó viejos. Matad á cualquiera que se haya permitido una palabra, un solo pensamiento contra mí.* En lugar de poner remedio á los males del imperio, se divertia en hacer versos, en construir cuartitos con hojas de rosas y castillos con frutas, en conservar uvas por espacio de tres años y servir en su mesa melones en el rigor del invierno. Un dia le ocurrió hacer venir al filósofo Plotin á Campania, y ofrecerle una ciudad arruinada en esta provincia, para realizar en ella la república de Platon.

Galieno no se conmovió sino cuando sus enemigos entraron en Italia. Habiendo venido Aureolo á sitiar á Milan, marchó contra él con un vigor y una actividad increíbles, y le encerró en esta ciudad. Aureolo decidió engañar á su enemigo por la astucia. Hizo escribir una lista de proscripcion fingiendo la letra de Galieno, y la hizo llegar de intento á manos de los oficiales cuya vida estaba amenazada. Al momento se formó una conspiracion. Heracliano, prefecto del pretorio, esparció en el campo, en la primera velada de la noche, una falsa alarma, y vino á gritar bajo la tienda de campaña del emperador : *¿ Galieno, que nos sorprenden ! ; Se aproxima el enemigo !* El principe, que principiaba á descansar,

saltó de la cama, montó á caballo sin tomarse tiempo para ponerse la coraza, y se entregó de este modo en medio de la oscuridad á los que habian jurado su muerte. Le atravesaron con sus lanzas y espadas, pisotearon su cadáver, y cuando las hachas alumbraron esta escena sangrienta, le encontraron magullado y espirando.